



L A

E S T R E

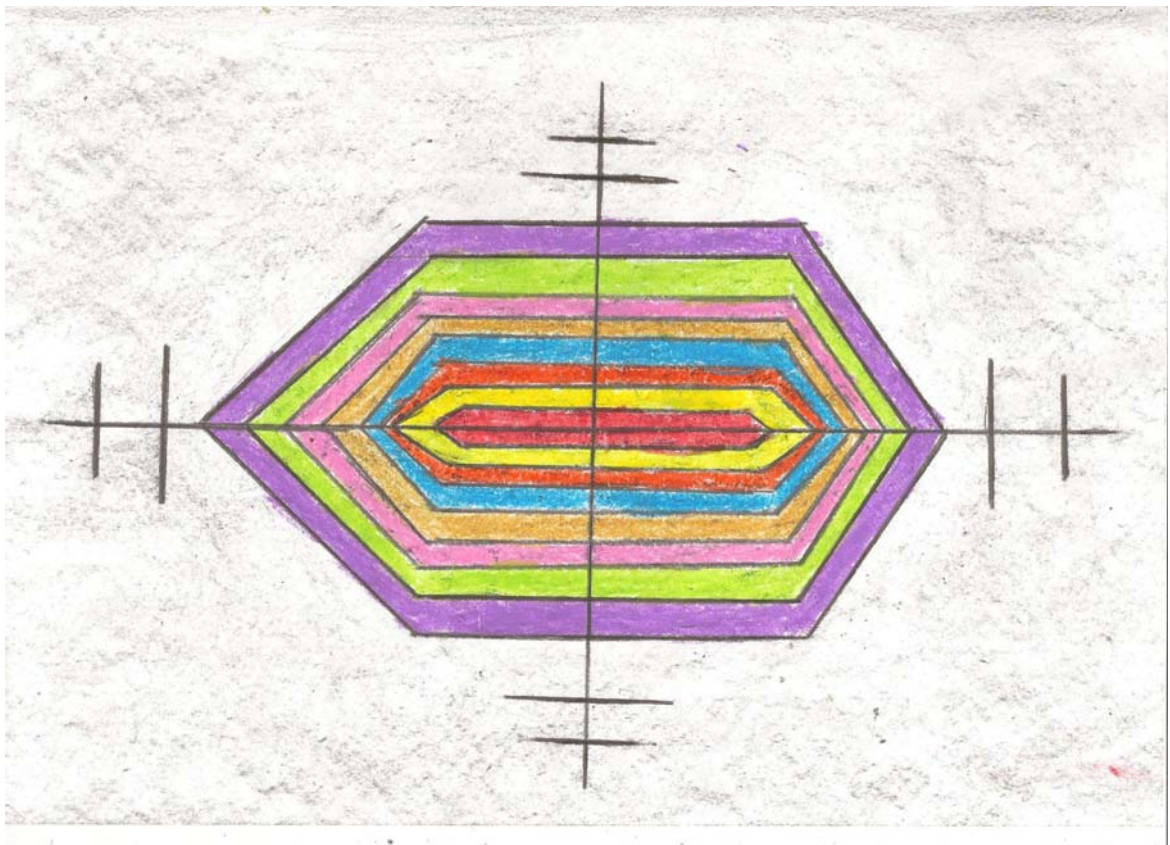
L L A

P O L A R

La estrella polar

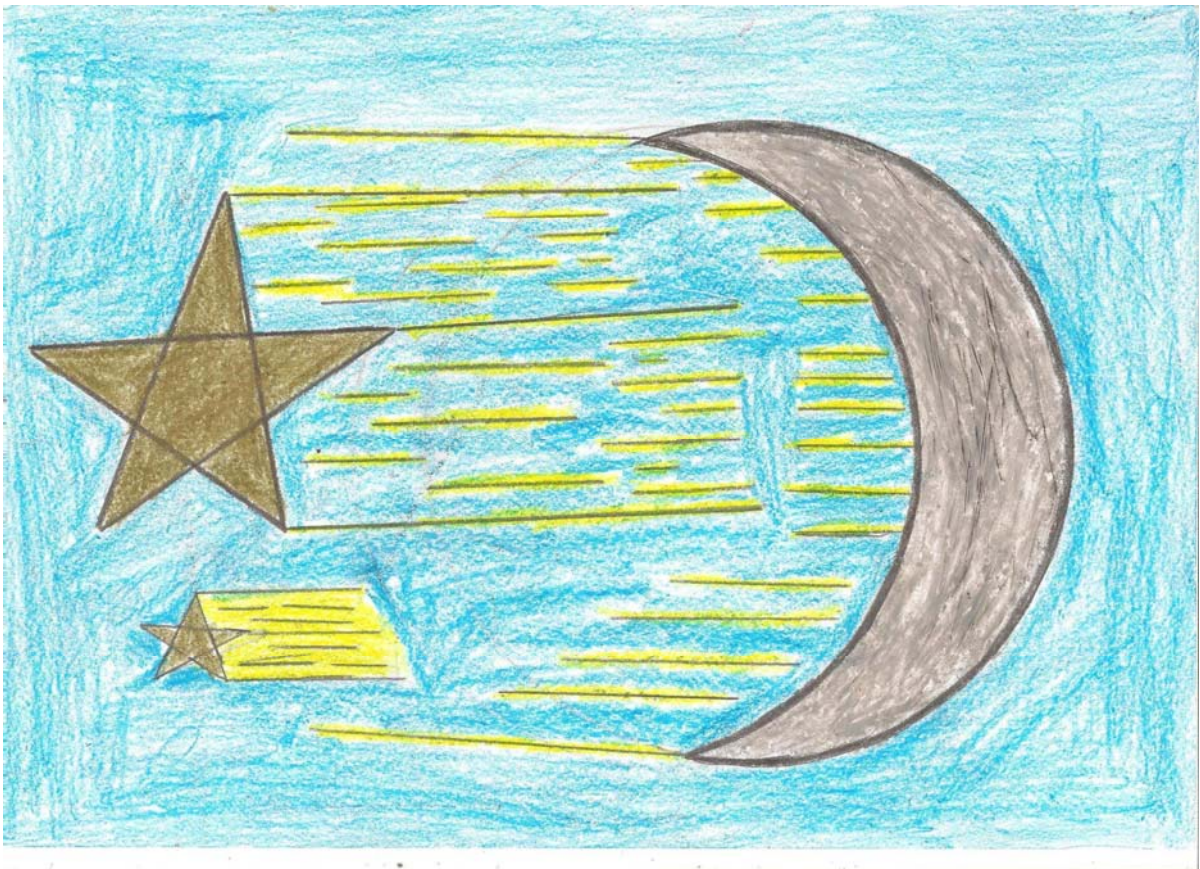
Una noche, hace mucho tiempo, allí por el siglo XVIII, en una tierra muy lejana y cubierta con la hermosa nieve blanca nació una bella niña bajo la luz de la luna llena. Se llamaba Esperanza, tenía los ojos azules y una sonrisa celestial. Cinco años después la niña creció y empezó a ayudar a sus padres y hermano.

Educada correctamente, a los 9 años fue a la escuela, dónde consiguió muchos amigos, uno de ellos muy especial llamado Rodrigo. En el colegio ayudaba a sus amigos y a cambiar la conducta a los abusones del centro.



A los 18 años empezó a trabajar como dueña de un orfanato teniendo a Rodrigo como su ayudante. Cuidaban de los niños y niñas, fueran o no fueran extranjeros, sin importar su edad, su educación, su color de piel, su idioma, su comportamiento, ni su sexo por que siempre salían formados del orfanato ya que les ayudaban a cambiar y a salir adelante en la vida.

A los 28 años, Rodrigo le dijo a Esperanza que la amaba desde que eran pequeños y, como ella también lo amaba, fueron novios durante 3 años hasta que Rodrigo reunió el suficiente valor y, en el primer atardecer de la primavera, en la colina más alta bajo un manzano le declaró matrimonio. Rodrigo le dijo a ella “desde el fondo de mi corazón te suplico, ¿quieres casarte conmigo?”. Esperanza con un beso selló el vínculo de amor con su novio y ellos se casaron un año después.



El día de la boda acudieron muchos invitados, tanto familiares como amigos, vecinos e incluso los niños que fueron o no adoptados en el orfanato.

Después de 6 años tuvieron 6 hijos, tres niños y tres hijas. Se llamaban Fernando, Eduardo y Erick los niños y Felicia, Esmeralda y Freia las niñas. Cuando nacieron sus hijos e hijas se sintieron orgullosos y felices, en especial cuando los tenían en brazos. Sus hijos crecieron criándose con los niños y niñas del orfanato para que aprendieran a respetar a la gente menos afortunada que ellos, para que aprendieran buenos valores de la vida, a tener amigos y respetarlos...

A partir de los 9 años, como era tradicional en el siglo XVIII, sus hijos fueron a la escuela, donde los profesores quedaron impresionados por su inteligencia y su entrega. Ellos sabían que los niños habían salido claramente a sus padres. Los pequeños consiguieron muchos amigos, en especial seis: Jack, Charle, Rodolfo, Elizabeth, Bailotee y Jimena.

Nueve años después, a los 18 años, los hijos e hijas de Esperanza y Rodrigo terminaron los estudios. Como no encontraban trabajo, ellos, sus primos y unos amigos, se fueron al extranjero a buscar fortuna. Les fue bien y veinte años después volvieron ricos y casados.

Esperanza y Rodrigo se sintieron orgullosos de sus hijos e hijas, yernos y nueras. Tres años después todos los hijos empezaron a procrear y les dieron muchos nietos y nietas.

Pasado un tiempo, Esperanza y Rodrigo sugirieron a sus hijos e hijas que emplearan parte de sus fortunas en hacer buenos orfanatos nuevos y grandes donaciones humanitarias.

Los nietos y sus generaciones futuras siguieron el ejemplo que dieron Esperanza y Rodrigo mientras que ellos trabajaron el resto de sus vidas haciendo el bien, con bondad hasta que se hicieron mayores.

El día de su muerte acudieron juntos, a despedirlos en su entierro, todos los hijos e hijas con sus parejas, nietos y nietas, vecinos, amigos y también algunos antiguos huérfanos que los recordaban con cariño. Ninguno de ellos lloró porque Esperanza y Rodrigo nunca querían ver lágrimas de tristeza sino de felicidad, tanto en el rostro como en el corazón.

Cuando fueron al cielo y llegaron a las puertas del Edén, Dios les dijo a ellos: “Esperanza y Rodrigo, vosotros no podéis entrar, y no temáis a ir al infierno porque habéis sido buenas personas, que nunca han sentido rencor, odio, codicia, maldad,... sino que habéis sido gente de mucha fe y esperanza y por eso, en vez de llevaros conmigo al Edén, os convertiré en una única estrella, para que vuestros familiares y personas del futuro tengan fe y esperanza cada vez que os miren en el cielo para siempre”; y así nació la estrella polar, llena de brillo, luz, esperanza, bondad y amor.

